

Vida interior

La modernidad nos hizo racionalistas a ultranza. Dios mismo es a la medida de nuestra razón no más allá de nuestra pequeñez o miopía. La postmodernidad nos permite mirar un poco más allá de nuestros límites y acepta un dios cosmogónico reducido a la energía ulterior. Un dios sometido a nuestra sensibilidad, a nuestro estado de ánimo, a nuestros gustos. Sólo se le siente, no se le ve. La postmodernidad no tiene visión interior.

Teilhard de Chardin sale al paso y nos dice: “No somos seres humanos viviendo una aventura espiritual, sino seres espirituales viviendo una aventura humana”. Esto nos lleva por el camino de la interioridad. Hay algo dentro que necesita ser descubierto, evidenciado, asumido. Es la “música callada” de la que habla Juan de la Cruz o “aquello más íntimo a nosotros mismos” que encontró San Agustín.

El Tabor nos lleva por estos senderos de luz. Jesús quería dar una prueba de esta realidad a sus discípulos más cercanos a su corazón. Pero no es sólo para ellos. Es vocación de todo creyente que sigue las pisadas del Maestro. Es la exigencia de todo llamamiento: Experimentar el silencio, la acogida, la contemplación. Todo corazón humano sensible a esta realidad última es un Tabor donde la Luz deja ver la luz.

Los tres discípulos querían quedarse ahí en gozo sosegado. Pero Jesús les da la orden terminante de partir, “vamos”, les dice, lleven esto en secreto. Algún momento se les permitirá publicitarlo. Algún momento estallará esta luz y se hará novedad de quienes siguen de verdad al Maestro. El recato, la modestia, la simplicidad de vida son testigos fehacientes de luminarias interiores que queman y arrebatan. Es nuestra vida interior.

Cochabamba 16.03.14

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com